El estatuto teórico del cuerpo en los estudios psicoanalíticos de género.

Lic. Irene Meler[i1]

Este trabajo fue publicado en la Revista Actualidad Psicológica, Buenos Aires, Año XXIX, Nº 335, octubre de 2005.

I- Introducción

Existe un debate ya clásico, acerca de los determinantes que inciden en la construcción de la subjetividad, y en especial, en la construcción diferencial de la subjetividad femenina y la masculina. En términos generales, si adscribimos al modelo freudiano de las series complementarias (Freud, 1916-17), podemos coincidir en que el psiquismo se estructura sobre la base de disposiciones biológicas generales, en un contexto que es siempre humano e intersubjetivo. La discusión se plantea con respecto del peso relativo que adquieren y el modo en que operan los diversos factores que aportan para la construcción subjetiva. Se reabren entonces antiguas antinomias, tales como las que se plantean entre Naturaleza y Cultura, o entre lo innato y lo adquirido. Y es aquí donde el pensamiento freudiano y el de muchos otros psicoanalistas, han buscado a tientas un camino, a lo largo del tiempo.

II-La biología imaginaria de los discursos psicoanalíticos

En la historia del psicoanálisis, la relación con la biología ha consistido por lo general, en una referencia a una biología imaginaria. La disociación ideológica entre clítoris y vagina y la consideración del clítoris como un pene atrofiado, es un ejemplo ya clásico de esta tendencia. El debate acerca de si existe o no un

[1] Este trabajo fue presentado en la Jornada de COWAP en ApdeBA ***"De hombres y mujeres". ¿La anatomía es destino?. Aparato Psíquico. Lo igual y lo diverso***. Mesa Redonda Interdisciplinaria Nº 2: ***"Interfase: neurociencias, estudios de género y psicoanálisis"*** Viernes 27 de junio de 17 a 19 hs. APdeBA.

conocimiento inconsciente de la vagina forma parte de los extravíos teóricos de una disciplina naciente, que vacilaba en la búsqueda de sus supuestos epistemológicos, entre el reduccionismo biologista y la intuición acerca de la construcción histórica de las subjetividades. La historia a la que me refiero es tanto la biografía como la historia colectiva que enmarca y configura el curso de la vida personal y familiar.

Cuando se tratan cuestiones relacionadas con la feminidad y la masculinidad, se ponen en juego representaciones cargadas de afecto, que aluden a prescripciones sociales que han sido fundantes de nuestro psiquismo. Estamos entonces en un campo especialmente vulnerable a los sesgos ideológicos, y los desarrollos teóricos psicoanalíticos se han visto en muchos casos atravesados por prejuicios propios del sentido común de cada época, que condujeron a elaborar representaciones adaptacionistas acerca de la salud mental, de innegable carácter conservador desde una perspectiva de política sexual. Intentaré en este trabajo, hacer visible el nexo que existe entre el recurso al reduccionismo biologista y el pensamiento social conservador. Otro motivo para reducir el nivel explicativo de los procesos psíquicos, ha sido la dificultad para superar impasses terapéuticos; en esos casos el recurso al determinismo biológico de la conducta ha servido como explicación tranquilizadora frente a las dificultades clínicas.

Si analizamos brevemente el debate al que me he referido, la cuestión se verá con mayor claridad. ¿Por qué motivo se consideró importante en los años ‘30 saber si existía o no un conocimiento inconsciente de la vagina? Eso ocurrió por que en los comienzos del siglo XX se pensaba que el psiquismo se construía mediante una correspondencia lineal con un cuerpo que podía ser percibido por el niño de un modo directo, no mediado por el semejante humano. La defensa de la tesis freudiana acerca de la masculinidad primaria de la niña, requería que la vagina permaneciera ignorada, y que sus sensaciones se confundieran con otras, anales o vestibulares (Freud, 1931), o como pensó Helène Deustch (1925), que el pene durante la iniciación sexual fuera el encargado de descubrir la vagina a su poseedora, quien accedería mediante la actividad de su compañero a la construcción de una representación psíquica de sus genitales. La niña, concebida

según el modelo griego del varón fallido o castrado, luego de iniciar su existencia en una condición semejante a la masculina, atravesaría el penoso camino hacia la feminidad haciendo de necesidad virtud. El anhelo fálico, el único pensable o concebible, cedería con el tiempo a la paulatina decepción, y la maternidad exogámica, resultado de un ardua negociación con el destino, otorgaría una certificación de normalidad psíquica, algo por cierto muy difícil de lograr para las mujeres, como el mismo Freud expresó.

Cuando se planteó el debate teórico entre la escuela vienesa y la escuela inglesa de psicoanálisis, Karen Horney (1933) acuñó una frase célebre: *"Por detrás de la 'ignorancia' de la vagina hay una negación de su existencia"*:183. No existía en el horizonte teórico de la época, otro modo de defender la tesis de la feminidad primaria de las mujeres, que no consistiera en sustentar el sentimiento de ser femenina en el conocimiento inconsciente del órgano genital, debido a que no se pudo poner en cuestión el supuesto compartido acerca de la prioridad de lo biológico por sobre lo psíquico.

Hoy en día sabemos a partir de los estudios de Money (1955) y de Stoller (1968), que aún un sujeto nacido con un estado intersexual, y cuya vagina es inexistente, puede presentar una subjetividad femenina convencional, - lo que incluye fantasías eróticas y proyectos de vida -, si ha sido educado como mujer. La asignación de género al nacer, o sea, la creencia de los adultos, el proyecto identificatorio de quienes asisten inicialmente al infante, tiene un poder constitutivo tal, que es capaz de contrariar los datos anatómicos. Esto es también lo que se observa, aunque de otro modo, en los casos de transexualismo.

Se contraponen aquí diversos relatos acerca del desarrollo temprano:

El modelo freudiano describió a una niña que "es como un pequeño varón" (Freud, 1933:109), cuya libido es masculina, que va emergiendo de ese estado a través de un penoso proceso de reconocimiento de la diferencia sexual, entendida como castración. A lo largo de ese camino, sus fines pulsionales se tornan pasivos, y la feminidad se equipara entonces con una subjetividad narcisista, pasiva y masoquista (Freud, 1914, 1924 a y b, 1925, 1931, 1933). La diferencia sexual se establece en el Edipo, y según algunos autores, solo se consolida en la adultez.

Melanie Klein (1933), considera en cambio, apoyándose en un modelo instintivista pre freudiano, que existe una connaturalidad entre cuerpo y aparato psíquico, lo que determina la existencia de una feminidad primaria en las niñas. Esto explica que desde su perspectiva, el Super yo femenino sea más severo que el de los varones. ¿Por qué motivo? Debido a que los procesos de introyección de la instancia parental se intensifican en función de que la anatomía femenina posee dos orificios de entrada: boca y vagina. Las pulsiones femeninas receptivas determinan una mayor introyección del pene del padre y esto aumenta el poder de su Super Yo. Podemos respirar aliviados, y emerger de la congoja en que nos había sumido la postura de Jeanne Lampl de Groot (1933) cuando afirmó que, dada la absoluta pasividad femenina posterior al Edipo, las mujeres no son capaces de introyectar, lo que requeriría un despliegue de actividad pulsional, motivo por el cual carecen de Super Yo. Es su deseo de complacer y agradar a quienes aman, lo que opera como estímulo para una conducta moral. Ambas posturas, antagónicas en cuanto a su contenido, coinciden sin embargo en apoyar sus supuestos en consideraciones acerca del efecto psíquico de una diferencia sexual que las autoras consideraron como anatómica, pero que era en realidad imaginaria. La cuestión del Super Yo será retomada más adelante.

Por su parte, *los estudios psicoanalíticos de género* nos describen un infante al que le es asignado un género al nacer. Ese proceso, que ahora es previo al nacimiento, desencadena un conjunto de actitudes polarizadas, de respuestas humanas diferenciales que, como dijo John Money (ob.cit.), acompañan al niño desde la cuna hasta la tumba. Al año y medio, los infantes experimentan un sentimiento íntimo, rudimentario y confuso, de ser mujeres o varones. Se ha establecido lo que Robert Stoller (ob.cit.) denominó el núcleo de la identidad de género, o “gender core”. Jessica Benjamin (1995) prefiere describir ese proceso como una “identificación genérica nominal”, expresión con que alude tanto a la nominación de que el infante es objeto, como al carácter dinámico del proceso, en lugar de referirse un resultado estable y reificado, tal como lo sugiere el término “identidad”. A los tres años, la firmeza de las identificaciones generizadas es tal, que como vimos en los estados intersexuales, cuando se descubre un error en la

asignación inicial del género, no es posible desandar el camino recorrido: cualesquiera sean los genes, las hormonas, los gametos o los genitales, el sujeto ha sido sexuado por la interacción con los semejantes de un modo irreversible.

Si continuamos con un modelo del desarrollo infantil, vemos que desde la perspectiva psicoanalítica de género se considera que la polaridad estereotipada entre lo femenino y lo masculino es característica del período edípico, donde la identificación no puede continuar coexistiendo con la elección de objeto. El infante ama entonces lo que no es y se identifica con sus congéneres. Elizabeth Badinter (1992) considera que la segregación entre los géneros que se observa durante la latencia, debe ser respetada debido a que forma parte del esfuerzo intersubjetivo para construir la representación de la diferencia sexual. Pero si el desarrollo no claudica en un contexto normativo que vigile en exceso las fronteras de los géneros, el sujeto puede arribar en algunos casos a una posición post edípica, donde sea posible, una vez establecido con claridad el núcleo identitario del género, transgredir lúdicamente las prescripciones genéricas y jugar con la ambigüedad, integrando así las identificaciones cruzadas. Este estadio ha sido descrito por Jessica Benjamin (ob. cit.), y según pienso, solo es posible que se desarrolle en sectores poblacionales postmodernos (Meler, 1998). Esta última consideración deriva de la eficacia que asigno al orden sociosimbólico en la constitución de los sujetos.

Mi intención es plantear la índole política del debate, que no se limita entonces a las diferencias teóricas. Para este fin, volvamos a las representaciones que diversos psicoanalistas ofrecen acerca de la vagina. Me resulta ilustrativo comparar dos de ellas: la primera, construida por Sigmund Freud, se caracterizó, como sabemos, por la pasividad. La pasivización de las metas pulsionales en las mujeres se explicaba por el carácter receptivo del genital. He tenido ocasión de discutir este tema en publicaciones anteriores (Meler, 1987 y 1992), donde describí un vicio epistemológico característico de este modelo. Se comienza observando aspectos subjetivos característicos de las mujeres a las que el autor tuvo acceso, se construye en consecuencia una anatomía imaginaria, se sustentan sobre esta base conclusiones generales acerca del psiquismo y se

establece así la índole universal y estructural de características subjetivas que han sido observadas en un sector social y en un período histórico determinado. Las mujeres pasivas, narcisistas y masoquistas no debieron estos rasgos psíquicos a sus genitales, sino a un contexto que las asignaba a la familia, les ofrecía el matrimonio y la maternidad como meta suprema de su proyecto de vida y les negaba el acceso a la educación superior, el trabajo remunerado y la ciudadanía.

Si recordamos cual es la representación de la vagina que nos aporta en los años ’60 una psicoanalista francesa, Jeannine Chasseguet Smirgel (1964), esta cuestión resultará más clara. En su artículo “La culpabilidad femenina”, describe un desarrollo de angustia que ha encontrado en varias hijas de padres débiles, dañados o enfermizos y de madres fuertes, que consiste en el temor inconsciente de haber dañado el pene del compañero en el afán amoroso de retenerlo como objeto del deseo erótico. Subyace a esta angustia la fantasía de que la madre ha castrado al padre y de ese modo se explica su estado de disminución psíquica, física o social. Las hijas de ese tipo de matrimonio sienten que sus deseos eróticos femeninos podrían resultar, a su vez, lesivos para su objeto de amor. Una vez descrito este hallazgo clínico, sin duda interesante, la autora se lanza a una generalización abusiva y explica la condición social e histórica de las mujeres, que reconoce como subordinada, sobre la base de una tendencia universal a reparar a los hombres restaurando su potencia fálica dañada. Para este fin las mujeres tenderían a funcionar como asistentes y a apoyar el desarrollo personal de sus compañeros en el mundo público, al estilo de Antígona, sirviendo como báculo de Edipo. He aquí entonces una explicación de la condición femenina: ¡Ya no se debe a una vagina pasiva, que determinaría su destino de sometimiento, sino a una vagina activa, imaginarizada sobre el modelo de una mano que aprieta, tal vez demasiado, y que por ese motivo paga su culpa con la autopostergación! Entre ambos relatos han pasado más de veinte años y aconteció una notable modificación de la condición social de las mujeres. Si las asténicas histéricas dieron origen a la imaginería de un genital pasivo, las jóvenes que en los ’60 protagonizaron la Revolución Sexual, originaron la imagen de una vagina exigente, retentiva y por ese motivo, potencialmente peligrosa.

A esta altura del relato, espero haber puesto en evidencia el uso ideológico de los modelos biológicos en la historia del psicoanálisis, y la inoperancia del recurso a esta anatomía imaginaria para explicar procesos que se comprenden mejor si articulamos la historia familiar de cada sujeto con la historia social y cultural humana.

III-El encuentro entre el concepto de género y las académicas feministas

Los discursos teóricos de las disciplinas sociales y humanas se han caracterizado por su sesgo androcéntrico. No podía ser de otro modo: Michel Foucault (1974) nos ha ofrecido una herramienta teórica que lo explica; el concepto de *dispositivos de saber – poder*. Todo cuerpo de conocimientos es creado por un grupo humano que busca por ese medio hacer frente a los problemas que presentan, tanto la naturaleza como la convivencia social, para su subsistencia y prosperidad. No es posible sostener hoy en día la ilusión positivista de un conocimiento objetivo; la subjetividad es nuestro destino y nuestra condena. Pero el anhelo de obtener un saber que supere nuestras limitaciones nos impulsa al diálogo; es la subjetividad del semejante lo que puede operar como límite, control y contraste para nuestro pensamiento, y es así como a partir de Kuhn (1962) se ha erigido a las comunidades científicas como las fuentes legítimas de validación cognitiva.

Las sociedades humanas se han caracterizado, desde el Neolítico, por la dominación masculina y la subordinación de las mujeres (Badinter, 1987). No resulta extraño entonces que los discursos de saber hayan reflejado el punto de vista de sus creadores, que en su enorme mayoría han sido varones. La comprensión contemporánea acerca de que todo saber es un saber situado y que los sujetos construyen conocimientos a partir de su experiencia de vida, ha impulsado una búsqueda destinada a estimular y difundir la perspectiva de diversos actores sociales cuya voz había quedado en los márgenes: mujeres, etnias minoritarias, sujetos con orientación sexual diversa.

Las mujeres de sectores medios tuvimos nuestra oportunidad en los años ’60. Fue entonces cuando una masa crítica ingresó en las universidades y éste fue un fenómeno que se dio de forma casi simultánea en muchos países. Como

protagonistas de un proceso social inédito, transitamos por el mismo sin guías y a tientas. Muchas de nosotras fuimos las primeras universitarias de nuestras familias y nos apropiamos del conocimiento con entusiasmo. Pero al cabo de un cierto tiempo comprobamos con sorpresa que los textos consagrados de nuestras disciplinas nos discriminaban y no reflejaban de forma adecuada nuestra experiencia social y subjetiva. Para quienes trabajamos dentro del campo del Psicoanálisis, una de las cuestiones más escandalosas se refirió a la concepción freudiana sobre el Super Yo femenino. Para expresarlo de modo suscinto, Freud (1924) consideró que la percepción infantil de los genitales femeninos como deficitarios y la idealización del pene, hacía que las mujeres fueran inmunes a la amenaza de castración. Sin nada que perder, el Complejo de Edipo femenino no se sepultaba sino que se disolvía, y esta lenta y precaria renuncia no favorecía la constitución de una formación Super Yo de carácter tan abstracto e impersonal como lo que esperamos encontrar en los varones. Renuentes a someterse a las grandes leyes que rigen de modo igualitario la existencia, deseosas de buscar excepciones transgresoras, las mujeres habríamos pagado la reticencia a firmar el pacto social con una escasa, casi nula contribución a la creación cultural, con la excepción del tejido, que, como sabemos, surgió del arte de trenzar el vello púbico para ocultar nuestros genitales defectuosos. Aquí no nos encontramos con un argumento androcéntrico sino que se trata de una postura claramente sexista. Así como el racismo ha discriminado a grupos humanos explicando sus particularidades como desventajas debidas a sus características biológicas, el sexismo discrimina a las mujeres sobre la misma base (Meler, 2002). Este aspecto oscuro de la historia de nuestra disciplina debe alertarnos acerca de una tendencia que insiste a lo largo del tiempo: casi siempre que se ha buscado apoyatura en los estudios biológicos para explicar características subjetivas o sociales de las personas, este recurso ha servido a los fines de convalidar situaciones de opresión.

La percepción por parte de las mujeres universitarias de esta situación histórica que afectó, entre otros aspectos, la producción de conocimientos, ha dado lugar a un extraordinario florecimiento en numerosos países, de programas universitarios,

dedicados a estudiar en un principio la experiencia social y subjetiva de las mujeres. Así se generó un encuentro entre las teóricas feministas y el concepto de género, creado por un endocrinólogo que estudiaba estados intersexuales. Esta curiosa alianza se debe específicamente al carácter constructivista del concepto. Efectivamente John Money (ob.cit.) describió lo que denominó "sistema sexo – genéro", término mediante el que se refirió al conjunto de factores genéticos, gonadales, hormonales, genitales, etc., que constituyen el sexo de cada individuo. Pero en sus estudios descubrió que, como ya expuse, un factor intersubjetivo, la asignación de género que realizan los otros sobre el infante, tiene incluso el poder de contrariar el resto de los determinantes en lo que hace al psiquismo. ¿Porqué interesó este concepto de tal modo a las académicas y psicoanalistas feministas anglosajonas, así como a algunas teóricas hispano parlantes (Chodorow, N, 1984; Benjamin, J., 1997, 1998; Dio Bleichmar, E., 1985 y 1997; Burin, M. 1987, 1996, 1998, Meler, I., 1987, 1993, 1996, 1998 y 2000)?. Fue debido a que permitió establecer sobre bases más firmes el debate con el reduccionismo biologista, un vicio epistemológico cuyas connotaciones conservadoras espero haber dejado en claro. Si el psicoanálisis contemporáneo decide tomar del discurso freudiano consideraciones tales como aquella que se refiere al proceso mediante el cual un ser humano bisexual deviene mujer (Freud, 1933), se apoyará para sus investigaciones en una epistemología constructivista. Si, por el contrario, se sustenta en la desdichada expresión freudiana acerca de que "la anatomía es el destino" (Freud, 1925), convalidará un pensamiento tradicionalista en materia de roles sexuales. Tal opción sería nefasta para el necesario proceso de actualización disciplinaria, para el que los estudios de género pueden realizar aportes significativos.

La obra de Freud es rica y compleja, pero también encierra contradicciones no resueltas, que deben ser objeto de debate. En 1908, un artículo pionero, "La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna", nos abría un camino que hoy conviene retomar. En contraposición a Moebius, autor de un "best seller" de la época llamado *La imbecilidad fisiológica de las mujeres*, Freud buscó una explicación alternativa para un observable que compartía con ese autor: la mayor parte de las

mujeres que él conocía, no alcanzaban un desarrollo intelectual comparable al promedio de los varones. Pero no era la fisiología la clave adecuada para explicar esa situación, tal como lo planteaba Moebius. Un filósofo alemán, Cristian Von Ehrenfels, había descrito la existencia de una doble moral sexual en la cultura: las mujeres eran objeto de regulaciones mucho más severas en materia de sexualidad que las que se aplicaban para los hombres. Constreñidas por la prohibición de saber acerca de los dos interrogantes que movilizan la pulsión epistemofílica infantil: el origen de los niños y la diferencia sexual, las mujeres inhibían la totalidad de su deseo de saber, y esto explicaba, según pensó Freud, su menor desarrollo intelectual. Vemos aquí un argumento que enfatiza las determinaciones sociales, culturales y políticas en la construcción de la subjetividad sexuada. Freud agregó una observación que fue precursora del estudio de las tendencias epidemiológicas diferenciales según género: en una misma familia era usual que convivieran una hermana refinada, reprimida y neurótica con un hermano saludable pero perverso. Vemos aquí una consideración de la represión como la defensa más frecuente entre las mujeres, con la consiguiente formación de síntomas neuróticos, mientras que la pulsión lograba abrirse paso hacia su satisfacción directa, abusiva y no refinada en los varones, cuyo exceso de poder los hacía proclives a generar padecimientos en los demás, más que a padecer ellos mismos. Muchos males se derivaban de este arreglo social inequitativo: los niños eran depositarios del anhelo erótico insatisfecho de sus madres, lo que los predisponía a la neurosis, y la unión conyugal, el bien que se había pretendido preservar mediante la inhibición sexual de las mujeres, se veía corroída por el dificultoso encuentro entre una esposa ignorante y temerosa, y un marido iniciado en la práctica sexual con mujeres degradadas.

Lamentablemente este camino que prometió articular el estudio del psiquismo con el contexto social y con las relaciones de poder que lo atraviesan, no fue continuado, y pocos años después, en 1918, otro Freud, olvidando sus posturas anteriores, consideraba al reclamo cultural de la virginidad femenina como un recurso lícito para sostener la monogamia. A partir de allí la radicalidad de su

discurso dio lugar a una expresión de las tendencias conservadoras de la época, en contraposición a otras corrientes progresistas de pensamiento que Freud conoció muy bien, ya que, para dar un ejemplo, tradujo personalmente la obra donde John Stuart Mill cuestionó el estatuto social de las mujeres.

Respecto del análisis del *Tabú de la virginidad*, deseo realizar un comentario acerca de un autor contemporáneo de innegable valor y relevancia, como lo es Jean Laplanche. En términos generales, el énfasis que realiza sobre la importancia de la intersubjetividad en la constitución del psiquismo merece mi total acuerdo, pero me parece interesante destacar de qué modo, aún los autores contemporáneos más productivos e innovadores, se ven expuestos a sesgos androcéntricos, ante los cuales quienes somos expertos en género tenemos una actitud de alerta epistemológica. En su obra *Castración. Simbolizaciones* (1980), Laplanche se refiere a un aspecto del discurso freudiano donde se sentaron las bases para el enfoque intersubjetivo. El autor critica el endogenismo individualista del discurso freudiano, que lo lleva a describir el Complejo de Edipo masculino y el femenino como si fueran independientes entre sí, descuidando su interrelación. Dice:

"En suma, tenemos aquí una suerte de genetismo cuasi monádico, solipsista, donde los fantasmas de los otros, especialmente de los padres, pero también de los otros niños, no parecerían en primera instancia entrar en cuenta" (Laplanche, 1980: 95).

El argumento que destaca la importancia de la intersubjetividad queda claro, así como la objeción planteada ante el biologismo individualista. Mi acompañamiento de esta postura es entusiasta, pero mi alegría se enturbia cuando encuentro en el texto el ejemplo que el autor escoge para destacar la incipiente percepción freudiana acerca de la intersubjetividad. Se refiere a la relación que Freud establece en *El tabú de la virginidad*, entre el temor a desflorar a las mujeres vírgenes y la percepción no imaginaria sino realista del varón, respecto de la envidia fálica de la mujer, de su efectivo deseo hostil de castrarlo durante el coito. Plantea que Freud:

"Postula entonces una mujer realmente peligrosa, realmente castradora" (Laplanche, 1980: 109)

Está bien: podemos negociar en la batalla por el sentido. Si admitimos la existencia efectiva de la envidia fálica, haciendo el descuento correspondiente a la sobrevaloración masculina de tan preciado órgano y a la necesidad defensiva de elevar su valor imaginando que ella lo codicia, debemos reconocer también otro tipo de procesos intersubjetivos en los intercambios psicosexuales. Es pertinente recordar que respecto de la envidia del pene se ha producido un curioso proceso: al interior de una disciplina interpretativa, ha sido tomada al pie de la letra. La expresión manifiesta y franca de las niñas acerca de su deseo de tener pene no justifica la hipertrofia teórica de que este concepto fue objeto, su interpretación literal, ni la denegación extendida de las tendencias envidiosas de los varones con respecto de las mujeres, acerca de las que Karen Horney había escrito tempranamente (Horney, 1922). Si con el objetivo de superar los sesgos androcéntricos, ensayamos analizar el miedo al pene, descrito por Karen Horney (1933) y retomado por Emilce Dio Bleichmar (1997), podemos preguntarnos si se explicará tan solo por una percepción realista de la niña acerca de la diferencia corporal de tamaño entre ella y su padre, o si, por el contrario, existen factores intersubjetivos muy extendidos que contribuyen, entre otros observables, a la aparición de sintomatología agorafóbica en las niñas púberes. Pienso que es necesario incluir entre los factores que promueven la aparición de esta clase de angustia en las jovencitas, su percepción inconsciente acerca de la hostilidad que muchos varones experimentan hacia las mujeres, debida a la envidia del rol femenino en la procreación y al resentimiento respecto de los dones maternos recibidos durante el desamparo inicial. Esa hostilidad real y eficaz, es responsable de las conductas, tan extendidas como negadas, de abuso sexual, y contribuye sin duda, en conjunto con los conflictos puberales femeninos ante las mociones pulsionales edípicas, a la construcción de lo que María Ester García Arzeno (1983) describió como “el síndrome de la niña púber”. Este se manifiesta por la aparición de fobias a los ladrones u otros hombres peligrosos y puede implicar montos elevados de angustia y restricciones al libre desplazamiento espacial. He planteado (Meler, 1994) que es necesario integrar al enfoque clásico, que jerarquiza la eficacia de angustias neuróticas de índole edípica, la operatividad de

las conductas abusivas reales por parte de algunos varones, cuyas víctimas principales son las niñas púberes.

Me he extendido en la discusión de este punto porque deseaba poner en evidencia que el sesgo androcéntrico no es cosa del pasado, y que se encuentra aún en autores cuyo marco teórico general resulta muy eficaz para revertir la tendencia hacia el biologismo.

IV-Multiplicidad y diversidad de los estudios de género/diferencia sexual

A partir de lo expuesto hasta ahora, tal vez podría pensarse que existe alguna clara demarcación teórica que divide los desarrollos psicoanalíticos clásicos de aquellos que se articulan con el campo interdisciplinario de los estudios de género; sin embargo, esta representación está lejos de la realidad. Se trata de un cuerpo teórico heterogéneo y atravesado por diversas líneas de debate interno, que es imposible sintetizar en esta ocasión. Me limitaré a esbozar algunas tendencias.

Los estudios psicoanalíticos con orientación en género son característicos del pensamiento anglosajón. Nancy Chodorow (1978, 1989) y Jessica Benjamin (1988, 1995, 1998) son los exponentes más conspicuos en los Estados Unidos. Otras autoras menos conocidas entre nosotros son Virginia Goldner, Ethel Person e Irene Fast. Estas analistas abrevan en la “middle school”, o escuela del medio, del psicoanálisis inglés. El pensamiento winnicottiano y los aportes de Daniel Stern, entre otros, les sirven de apoyatura para su concepción acerca de la forma en que la dominación de género afecta el intercambio intersubjetivo. Su marco referencial más amplio reconoce sus orígenes en la teoría crítica, o sea el pensamiento de la Escuela de Frankfurt. Benjamin plantea que el logro de una conexión genuina con el otro, el reconocimiento de su subjetividad soberana e irreductible a la propia, constituye un modelo de salud mental. De hecho, esa autora critica el modelo de desarrollo psíquico que propuso Margaret Mahler, debido a que considera que la meta evolutiva no debería definirse en términos del logro de la individuación, sino que debe evaluarse en función de la adquisición de la capacidad de relacionamiento intersubjetivo. Se ha discutido esta postura debido a que se la consideró como una propuesta ética más que como una

descripción del psiquismo. Benjamin (1998, ob.cit.) ha respondido que el logro de la intersubjetividad le parece una potencialidad humana existente de por sí y no solo un ideal normativo.

En términos generales, puede comprobarse que en las producciones de distinta procedencia teórica, los aspectos descriptivos se articulan con las consideraciones éticas y con las propuestas utópicas. Esta situación es inevitable, debido a que estos estudios relacionados con la feminidad y la masculinidad consideran que las características subjetivas de mujeres y varones se han construido en el contexto de relaciones de poder, y que, por lo tanto, las transformaciones en estas relaciones implicarán modificaciones en las tendencias subjetivas predominantes. Por lo tanto, es comprensible que muchas autoras desarrollen modelos de la subjetividad tal como la imaginan en un futuro, diseños acerca de lo que sería una subjetividad deseable o posible en un contexto de mayor equidad.

Muchas feministas europeas se apoyaron con entusiasmo en el discurso lacaniano, debido a la tesis del desarraigo instintivo, que prometía una apertura con respecto de la biología utilizada como caución ideológica de la promoción de la feminidad tradicional. Esas autoras prefieren entonces recurrir al concepto de diferencia sexual, de origen estructuralista, que consideran como más específico del campo psicoanalítico, mientras que atribuyen el concepto de género al campo de las ciencias sociales. Emilce Dio Bleichmar (1997), es quien con mayor claridad ha demostrado la pertinencia de esta herramienta teórica para el campo del psicoanálisis. Expone la forma en que el troquelado inicial de la personalidad se realiza de modo diferenciado según el género, y expresa que, por lo tanto, este concepto es indispensable para comprender el desarrollo temprano. Personalmente considero que las diversas disciplinas han recurrido al concepto de género con fines diferenciados y lo utilizan en distintos niveles de análisis (Burin y Meler, 2000).

Una psicoanalista belga, formada en Francia y muy difundida en Italia es Luce Irigaray (1974, 1977, 1992, 1997). Su formación es lacaniana pero ha realizado una lectura crítica tanto del discurso freudiano, en su obra *Speculum* (1974), como del lacaniano en *Ese sexo que no es uno* (1977). Considera que el pensamiento

de Occidente se caracteriza por una lógica que denominó falogocéntrica. A su interior, el sujeto hegemónico masculino ha sido incapaz de percibir la alteridad, y se ha relacionado tan solo con imagos que no representan a las mujeres sino bajo la forma de su simétrico inverso, su imagen especular, algo así como la sombra necesaria para percibir la luz. En este universo cultural, las mujeres carecerían de representaciones simbólicas para expresar su diferencia, la especificidad de su sexo, que no puede definirse por la unicidad, tal como ocurre con el masculino, sino por la multiplicidad, y tampoco han podido expresar las particularidades de su posición en el mundo. Su postura ha sido objetada debido a que el énfasis en la diferencia la condujo a sustentar la especificidad femenina en el cuerpo erógeno, en la multiplicidad de zonas erógenas, no reductibles ni especularizables con respecto del modelo fálico. En ese sentido, constituye uno de los escasos ejemplos de neoesencialismo dentro del campo teórico influido por la filosofía feminista, y por ese motivo, dado que, como explico, la tendencia predominante enfatiza la construcción del psiquismo a lo largo de la historia individual, familiar y social, este aspecto de su discurso fue objeto de controversias. En sus últimos escritos aboga por una ética de la diferencia sexual, donde la alteridad sea respetada. El desafío político de la época consiste, según piensa, en el logro de una relación social y personal entre varones y mujeres caracterizada por el reconocimiento recíproco.

Como se ve, existe una coincidencia entre quienes de este lado del Atlántico se sustentan en la escuela inglesa y aquellas que desde Europa, han abrevado en la tradición estructuralista francesa. Libres de la ilusión positivista de obtener un conocimiento objetivo que se sustraiga a las relaciones de poder, exponen sus supuestos ideológicos y sus representaciones acerca de la salud mental, que se articulan de modo estrecho con sus posturas políticas referidas a la equidad entre los géneros.

No es posible cerrar esta suscinta presentación de algunas líneas teóricas dentro del campo de estudios sobre el género o la diferencia sexual, sin hacer una mención a un cuerpo de teorías producidas por sujetos hasta hace poco marginales: me refiero a los estudios queer o gay lésbicos. Desde mi perspectiva,

la representante más destacada es Judith Butler (1990, 1993), cuyo propósito principal consiste en la formulación de un proyecto intelectual que permita expandir el orden simbólico vigente para permitir que la experiencia de aquellos sujetos cuya sexualidad no ha adoptado las modalidades hegemónicas sea reconocida como posible e inteligible, y se evite la patologización a priori que los condena a la marginalidad, o como prefiere expresar Butler, a la abyección.

La obra de Butler, muy compleja y de factura muy interesante y respetable, cuestiona tanto a las teóricas de la diferencia sexual, como Luce Irigaray, como a quienes recurren al concepto de género. La ética de la diferencia corre el riesgo de reificar y naturalizar las tendencias subjetivas diferenciales que existen entre varones y mujeres, que son producto de un proceso de construcción histórica y política. Esta perspectiva puede la vez, reforzar lo que estas teóricas denominan como "la heterosexualidad normativa" o compulsiva. Como expuse anteriormente, numerosas autoras han cuestionado el énfasis de Irigaray sobre el cuerpo femenino y su erogeneidad difusa no captada por los modelos calcados sobre el falicismo. Se consideró que suponía la existencia de un cuerpo prediscursivo, un cuerpo natural sobre el cual operarían los sentidos construidos en las relaciones de dominación. El interés de Butler consiste en destacar el carácter construido del sexo, y para ello asimila sexo y género, considerando que ambas categorías se funden y finalmente, desaparecen. Su obra se apoya en los trabajos de Foucault y esta raigambre post estructuralista la lleva a un constructivismo extremo. Una frase representativa de su pensamiento es la que sigue:

"Como un fenómeno variable y contextual, el género no denota a un ser sustantivo, sino a un punto de convergencia relativo entre series de relaciones culturales e históricas específicas" (Butler, 1990: 43).

Como se ve, en esta corriente teórica, no solo el género sino también el sexo, han perdido toda existencia sustantiva, y la opción por el carácter construido de la subjetividad sexuada ha llegado a su apoteosis. El cuerpo biológico ha pasado de ser considerado, en los enfoques clásicos, como el sustrato que otorgaba racionalidad y cientificidad a los estudios sobre el psiquismo, a ser percibido como una construcción social, histórica y discursiva.

La lectura de estos escritos resulta muy útil para captar la forma en que nuestra percepción de lo normal, lo natural y lo saludable es producto de efectos de poder. Sin embargo, en su afán por iluminar este aspecto, desarticulan en exceso el cuerpo y el psiquismo.

Mi postura crítica ante el recurso ideológico e imaginario a conocimientos pseudo biológicos, no implica desconocer la importancia del cuerpo erógeno y la necesidad de buscar articulaciones genuinas entre las ciencias biológicas y las disciplinas que estudian la subjetividad.

Virginia Goldner (2003) aporta una perspectiva que me ha resultado muy fructífera, apoyándose en las concepciones de Wilhelm Reich acerca del carácter. Nos recuerda que Reich consideraba que la construcción subjetiva de un carácter, moldeaba los cuerpos de modo empíricamente observable. Sobre la base de nuestra dotación genética, vamos construyendo un cuerpo que responde a nuestro mapa pulsional, y a nuestro modo idiosincrásico de relacionarnos con los semejantes. De modo que si ya no resulta legítimo el reduccionismo biologista que fundaba el psiquismo sobre la base de la anatomía, en la actualidad la perspectiva llega a una cuasi inversión: es la historia, la biografía, la que construye no solo la subjetividad sino que moldea el cuerpo biológico en su salud, su apostura o su abandono. El sistema de géneros, y la polarización que lo ha caracterizado hasta la Modernidad, es un dispositivo social que regula con eficacia aspectos corporales tales como la tonicidad muscular, el tejido graso, la postura, etcétera, a través de hábitos cotidianos que estimula o desalienta según el sexo del sujeto.

V-¿Cuál es la utilidad de estos debates para un psicoanalista clínico?

Esta es una pregunta crucial a esta altura del recorrido. Los psicoanalistas que nos desempeñamos como terapeutas, recibimos en la consulta a personas que acuden a buscar asistencia para su sufrimiento, y nuestro objetivo fundamental consiste en aliviar su dolor psíquico y habilitarlos para una mejor calidad de vida. La cuestión se complica cuando comprendemos que no es posible abocarse a esta tarea sin contar con alguna clase de representación acerca de la salud mental

y de los objetivos deseables del desarrollo subjetivo, y estas representaciones son siempre, y de modo inevitable, ideológicas (Meler, 1987 y 1994).

Resulta sencillo hoy en día percibir la forma en que los trabajos psicoanalíticos de las primeras décadas expresaban de modo ingenuo los prejuicios propios del sentido común de su época. Tal fue el caso de Heléne Deustch (1925), cuando lamentó un error cometido, no se sabe bien si por Dios o por la Naturaleza, consistente en dotar a las mujeres de clítoris. Ese órgano atrofiado estorbaba cada paso del desarrollo femenino mediante las reivindicaciones fálicas que generaba. Queda claro que la autora guiaba su labor terapéutica por ideales normativos que prescribían una feminidad químicamente pura, un género libre de toda ambigüedad, que nos liberara del peso de la bisexualidad.

Pero no nos apresuremos a reírnos de nuestros ancestros, porque es muy posible que nuestra tarea actual se vea complicada por la efectividad de representaciones implícitas acerca de lo normal, lo moral o de la buena vida, que alejan nuestra tarea analítica del ideal de neutralidad y de la pasión meramente cognitiva, la única reconocida como legítima.

La búsqueda de sustentar una actitud neutral, dentro de lo que nos resulte posible, es en sí una meta que hace a la ética clínica. Pero existen otras consideraciones de índole teórica, que también son importantes para el avance de la disciplina. Si retornamos a la relación posible entre los estudios biológicos y los desarrollos psicoanalíticos, que ha sido el eje de esta presentación, veremos que la crítica al uso ideológico e imaginario de los conocimientos biológicos, no excluye la utilidad de una interrelación genuinamente interdisciplinaria. Para dar un ejemplo: ¿cómo resolvemos las diferencias cronológicas que plantea Margaret Mahler (1968) en su descripción del desarrollo infantil, con respecto de los relatos de Melanie Klein y de Lacan?. Esta autora sitúa la posibilidad del reconocimiento especular de la propia imagen y de la ambivalencia emocional dirigida a un objeto total, mucho más tarde de lo que los otros autores han planteado. La cuestión puede resultar importante para comprender la génesis de los trastornos psicopatológicos y en este aspecto, tomar contacto con los descubrimientos de las neurociencias puede ser útil para resolver el debate, articulando la observación sistemática de la

conducta infantil con los datos más recientes acerca de la maduración neurológica. Debemos tener en cuenta que la reconstrucción del desarrollo evolutivo a partir de la práctica analítica con adultos es una estrategia metodológica cuestionable.

Sin duda existirán muchas posibilidades de concertar vínculos interdisciplinarios fecundos con las ciencias biológicas, pero si consideramos al psicoanálisis como una ciencia o disciplina humana, su relación con las ciencias sociales debe ser estrecha, y en este sentido el campo interdisciplinario de los estudios de género cuenta con desarrollos históricos, sociológicos, antropológicos, económicos, educativos, y filosóficos que pueden resultar muy estimulantes para el necesario proceso de actualización.

La comprensión de la psicopatología se transforma cuando se articulan los aportes que provienen de estudios focalizados en el individuo y cuyo enfoque es endogenista, con el estudio de los vínculos y de su nexo con lo social histórico. Los sujetos de nuestro tiempo y sus circunstancias vitales cambiantes nos interpelan, tanto en la práctica clínica como a la hora de la producción teórica. Es el momento de estimular el diálogo entre los discursos que tienen como objeto al deseo y aquellos que se interesan por el análisis del poder.

Bibliografía

Badinter, Elizabeth: (1986) *El uno es el otro*, Barcelona, Planeta, 1987.

----------: (1992) *XY La identidad masculina*, Madrid, Alianza, 1993.

Benjamin, Jessica: (1988) *Los lazos de amor*, Buenos Aires, Paidós, 1996.

----------: (1995): "Igualdad y diferencia: una concepción 'sobreinclusiva' de la constitución de los géneros", en *Sujetos iguales, objetos de amor*, Buenos Aires, Paidós, 1997.

----------: (1998) "The shadow of the other subject. Intersubjectivity and feminist theory" en *Shadow of the other*, Routledge, New York and London, 1998.

Burin, M. y Meler, I.: "Género: una herramienta teórica para el estudio de la subjetividad masculina" en *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

Burin, Mabel: Estudios sobre la subjetividad femenina, Buenos Aires, GEL, 1987

----------: El malestar de las mujeres, Buenos Aires, Paidós, 1990

----------: Género, Psicoanálisis, Subjetividad, Buenos Aires, Paidós, 1996.

Butler, Judit: (1990), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la* i*dentidad*, México, Paidós/PUEG, 2001.

----------: (1993) Cuerpos que importan, Buenos Aires, Paidós, 2003.

Chasseguet – Smirgel, Jeannine: (1964), "La culpabilidad femenina" en *La sexualidad femenina*, Barcelona, Laia, 1977.

Chodorow, Nancy: (1978) *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona, Gedisa, 1984.

----------: (1989) *Feminism & psychoanalitic theory*, Yale University Press, New Haven & London, 1989.

Deustch, Helène: (1925) "La psicología de la mujer en relación con las funciones de reproducción", en *La sexualidad femenina*, Buenos Aires, Caudex, 1966.

Dio Bleichmar, Emilce: El feminismo espontáneo de la histeria, Madrid, ADOTRAF, 1985.

----------*: La sexualidad femenina. De la niña a la mujer*, Buenos Aires, Paidós, 1997.

Freud, Sigmund, *O.C.,* Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

(1908) "La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna", ob. cit., t IX, (1914) "Introducción al narcisismo", ob. cit., t XIV, 1916-17 "Conferencias de Introducción al Psicoanálisis", ob.cit., t XV, (1918) "El tabú de la virginidad", ob. cit., t XVII, (1924) a "El sepultamiento del Complejo de Edipo", ob.cit., t XIX, (1924) b "El problema económico del masoquismo", ob. cit., t XIX, (1925) "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica", ob. cit., t XIX, (1931) "La sexualidad femenina", ob. cit. t XXI, (1933) "La femineidad", ob. cit., t XXII.

Foucault, Michel: (1976), *Historia de la sexualidad*, Tomo I *La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 1980.

García Arzeno, María Esther: *El Síndrome de la Niña Púber*. Editorial Paidós, Bs. As. 1983.

Goldner, Virginia: "Ironic Gender/Authentic Sex", Revista Studies in Gender and Sexuality, Vol. 4, nº 2, pgs 113-139, 2003, The Analytic Press, www.analyticpress.com, Traducción: Concepció Garriga

Horney, Karen: (1922) "Sobre la génesis del complejo de castración en la mujer" en *Psicología femenina*, Madrid, Alianza, 1982.

----------: (1933), "La negación de la vagina", en *Psicología femenina*, ob. cit.

Irigaray, Luce: (1974), *Speculum. Espéculo de la otra mujer*, Madrid, Saltés, 1978.

---------: (1992) *Amo a ti*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1994.

----------: (1997) *Ser dos*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

----------: (1977) *Ese sexo que no es uno*, Madrid, Saltés, 1982.

Klein, Melanie: (1933) "Resonancia de las primeras situaciones de ansiedad sobre el desarrollo sexual de la niña" en *El psicoanálisis de niños*, Buenos Aires, Biblioteca de Psicoanálisis, 1948.

Kuhn, T.S.: (1962), *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Lampl de Groot, Jeanne: (1933) "Contribución al problema de la feminidad" y "La evolución del Complejo de Edipo en las Mujeres", Buenos Aires, *Psicoanálisis y sexualidad femenina*, Hormé/Paidós, 1967.

Laplanche, Jean: (1980), *Castración. Simbolizaciones. Problemáticas II*, Buenos Aires, Amorrortu, 1988.

Mahler, Margaret, en colab. Con Manuel Furer: (1968) *Simbiosis humana: las vicisitudes de la individuación,* Joaquín Moritz, México, 1972.

Meler, Irene: "Identidad de género y criterios de salud mental" en *Estudios sobre la subjetividad femenina* de Mabel Burin et.al., Buenos Aires, GEL; 1987. Reedición La Librería de Mujeres, Buenos Aires, 2002.

----------: "Otro diálogo entre psicoanálisis y feminismo" en *Las mujeres en la imaginación colectiva*, de Ana María Fernández, (comp.), Buenos Aires, Paidós, 1992.

----------: "La salud mental de las mujeres. Situación actual y perspectivas futuras". Trabajo presentado en la *Jornada de Apoyo a los Estudios de Género en la Universidad*, convocada por la Cancillería, Conferencia de CEPAL, Mar del Plata, 1994, preparatoria de la Conferencia Internacional de la Mujer de Naciones Unidas, Beijing, 1995.

----------: "Psicoanálisis y género. Aportes para una psicopatología" en *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*, de Mabel Burin y Emilce Dio Bleichmar, (comps.), Buenos Aires, Paidós, 1996.

----------: "Construcción de la subjetividad en la familia postmoderna. Un ensayo prospectivo" en *Género y familia*, de Mabel Burin e Irene Meler, Buenos Aires, Paidós, 1998.

----------: "Género y subjetividad: la construcción diferencial del Super-yo en mujeres y varones", X Congreso Metropolitano de Psicología, convocado por la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA), Facultad de Psicología, mayo de 2002. Ver en www.elsigma.com/colaboraciones

Money, John: (1982), *Desarrollo de la sexualidad humana*, Madrid, Morata, 1995.

Stoller, Robert: *Sex & Gender*, New York, Jason Aronson, 1968.

---

[i] Coordinadora del Foro de Psicoanálisis y Género (APBA)
Directora del Programa de Actualización en Psicoanálisis y Género (APBA)
Coordinadora docente del Programa de Estudios de Género y Subjetividad (UCES)